

## LOS ESTRENOS DEL DOMINGO D

Aplazadas las primeras representaciones de «Stratopjet 991» en el Figaro y de «¡Oh, Carlotta!» en Lady Pepa, e invitada la crítica especialmente para hoy, lunes, a la de «Juan Jubilado» en Eslava (reseña que publicaremos mañana), damos cuenta a continuación de los tres estrenos que hemos presenciado. El hecho

de que en otras veinte salas —teatros y cafés-teatros— continúen las mismas obras en cartel encierra un signo francamente optimista y esperanzador. Hay títulos que interesan, hay intérpretes y, sobre todo, hay público. A los agoreros y a los aguafiestas no podemos acompañarles en sus tenebrosos sentimientos.

## MARIA GUERRERO:

## "El círculo de tiza caucasiano"

ENTRE grandes ovaciones saludaron el traductor Pedro Lain Entralgo, que ha realizado una labor impecable y admirable, y el director José Luis Alonso, magistral realizador, al terminar en el María Guerrero el estreno de «El círculo de tiza caucasiano», de Bertolt Brecht. Los decorados del genial Burmann—prodigio de espíritu y de color—, la deliciosa música de Paul Dassau, la dirección melódica de Pedro Luis Domingo, los figurines de Artiñano, la coreografía de Konstantinov, la luminotecnia de Mayoral, la regiduría de Mariano de las Heras colaboraron eficazmente al éxito, así como el oboe de Serrano, la trompeta de García Tendero y la percusión de Salguero.

Fiesta para los ojos y la sensibilidad, prodigio de conjunto y de personales relieves, de cambios, pasos, mudanzas, actitudes y movimientos, la dirección de José Luis Alonso fué también muy fiel

a la versión del Berliner Ensemble, según podemos juzgar por las fotografías comparativas.

En el extenso reparto simbolicemos el elogio a todos debido en los nombres de María Fernanda D'Ocon, toda verdad palpitante y humanísima en su personaje; José Bódalo, portentoso Azdak; Gabriel Llopert, narrador sutil; Ana María Ventura, impresionante Natella; Margarita García Ortega, Luisa Rodrigo, Dafaue, Luis García Ortega, Félix Navarro, María Luisa Arias, Arturo López Heredia, Paco Hernández y tantos comediantes más, todos con categoría de primerísimos, que, con ejemplar disciplina, interpretaron los papeles que se les encomendaron.

«El círculo de tiza caucasiano» por el esfuerzo realizado, sin ahorro de medios y por la pureza brechtiana de su interpretación, merece inscribirse entre los mayores y más legítimos triunfos del María Guerrero.

Oportuna la cita que hace Lain en su antecrítica acerca de la atracción que ejerció sobre Brecht la vieja leyenda china que ya en 1921 adaptó al teatro el poeta Klabund. «Der kaukasische Kreiderkreis», escrita entre 1944 y 1945 y estrenada ese año en el Berliner Ensemble, no sólo demuestra el intento de conectar el teatro asiático con el occidental, patente también en otras muchas piezas del autor, sino la importancia que confiere al amor maternal —según demostró en un maravilloso estudio Alessandra Bartolini—. Sólo que aquí ese amor supera y vence el lazo física del juicio de Salomón y a los apólogos orientales y sus variantes clásicas, como las de «El conde Lucanor». Y justamente ese detalle es el que presta originalidad al desenlace.

De esta obra, como de muchos otros títulos de Brecht, se han querido extraer deducciones políticas, que nos parecen forzadas y atrabiliarias. En la producción brechtiana la zona política, y aun la descaradamente propagandística, es muy clara. «El círculo de tiza caucasiano» es, como ha dicho muy bien su adaptador, la expresión de una triple ansia de razón, de justicia y, sobre todo, de amor.

Grucha es figura pareja, por su honda humanidad, a otras creaciones brechtianas, como Madre Coraje, Shen Te o Katrin. Y lo mismo podíamos decir del pícaro y justiciero Azdak, de Abaschwill, de Laurenti, de Simón... Vamos a olvidarnos del «distanciamiento» de la «alienación» y de otras tantas zarandajas para fijarnos única y exclusivamente en la condición humana, poética, literaria y, sobre todo, escénica de «El círculo de tiza caucasiano». Con su ironía, su ternura, su contenido dramatismo y sus posibilidades espectaculares para entrar en los espectadores no sólo por la vía del corazón, sino también por la inteligencia con sus canciones, sus narraciones, su música —ya lo apuntó Jacques Desuche—, sus mezclas de decorado y de luminoplastia, sus composiciones armoniosas y sus 79 personajes parlantes, es, ante todo y sobre todo, teatro en el más alto, noble y ambicioso sentido de la palabra.

Por Alfredo Marquerie